

del paisaje y o facilitar su recuperación) requiere inexcusablemente de estudios como el que aquí se comenta, estudios que den los argumentos para decidir qué es lo que se debe conservar y por qué, o, en caso de pérdida o deterioro qué es lo que se debe recuperar y por qué. Estudios que, junto a aportaciones procedentes de otros campos, contribuyan al conocimiento y explicación e los paisajes rurales, paso previo al de su clasificación, delimitación, y representación gráfica.

Que *Antropología de Asturias* contribuye al primero de los objetivos (qué es lo que se debe conservar y por qué) creo que no ofrece ninguna duda, por la propia naturaleza del trabajo. Que es de ayuda inestimable para el segundo (conocimiento y explicación de los paisajes rurales), me parece que también, pues detrás de los elementos formales que componen un paisaje rural (las construcciones, los parcelarios, las infraestructuras...) está (o ha estado) todo un conjunto de elementos que lo conformaron, y que en gran medida viene a corresponderse con el índice de contenidos de esta obra: una sociedad que propició la generación del paisaje (la casa como núcleo de la vida social, la familia, los vecinos, los intermediarios —escuela, iglesia, comercio—), una organización económica (agricultura, ganadería, manejo de los recursos, oficios), unos modos de organizar el territorio (casas-huertos-tierras de labor-prados-monte), un aprovechamiento de los recursos como fuente de energía (agua, madera) o como materia prima para las pequeñas producciones (lana, madera, cal...), etc.

Si conocer cómo fue el mundo rural asturiano es importante, lo mismo que lo es saber cuál fue el proceso histórico de su formación, no lo es menos conocer las claves que explican su rápido proceso de disolución y las consecuencias de todo orden del mismo, asunto al que estará en parte dedicado un segundo tomo de la obra, que el mismo autor publicará en la misma editorial.— FELIPE FERNÁNDEZ GARCÍA

*El modo de vida tradicional en una montaña de la aldea leonesa**

El libro que aquí nos ocupa es un estudio local en el que se trata de describir «la forma de vida de una comunidad rural desde una perspectiva holística», siguiendo

* FERNÁNDEZ PÉREZ, A. y GARCÍA FERNÁNDEZ, O. (2008): *Matalavilla. Memoria de una aldea leonesa*. KRK, Oviedo, 541 págs.

una metodología a caballo entre la historia y la antropología. El interés geográfico de la obra radica en la aportación que hacen los autores acerca del funcionamiento integral de la aldea como unidad mínima de organización del espacio en la montaña occidental leonesa, en un tiempo, los años 60 de la pasada centuria, en el que la comunidad campesina estaba comenzando a experimentar transformaciones profundas que darían como resultado su desaparición como colectivo, merced al debilitamiento demográfico y la disolución social que experimentó a lo largo de la segunda mitad del siglo XX.

Si contexto espacial e histórico son de sumo interés para la geografía, no lo es menos el verdadero objeto de estudio de esta obra, el conocimiento de «la forma de vida de una comunidad rural», que contó en la disciplina geográfica con un campo de estudio equivalente, aunque poco desarrollado en España, como fue el estudio de los «géneros de vida»; un concepto que nació en la etapa clásica de la geografía francesa de la mano Vidal de la Blache y fue continuado por sus discípulos (Albert Demangeon y Marx Sorre, entre otros). Entendido al modo vidaliano, un *genre de vie* puede ser definido como

«el conjunto funcionalmente articulado de actividades o de técnicas en sentido amplio que, cristalizadas por la fuerza de la costumbre, expresan las formas de adaptación o respuesta de los diferentes grupos sociales al medio geográfico».

Traer hoy en día este concepto a colación es de sumo interés para disciplinas que tienen como objeto de estudio el paisaje rural, en la medida que la fisonomía de dichos espacios debe ser entendida como la cristalización espacial de los géneros de vida que estuvieron activos hasta el ecuador del pasado siglo, puesto que en palabras de Vidal de la Blache un *genre de vie*

«implica una acción metódica y continua sobre la naturaleza, modificando todo el equilibrio anterior de la naturaleza viva, produciendo un estremecimiento profundo, que se extiende hasta la naturaleza inorgánica (...), debido al efecto de costumbres organizadas y sistemáticas, impuestas de generación en generación».

La transformación experimentada por las sociedades montañosas en la segunda mitad del pasado siglo trajo pareja la transformación de los paisajes que fueron el telón de fondo de la experiencia vital de aquellas, por lo que en el actual contexto de interés por la conservación del paisaje es tarea de suma utilidad conocer la técnicas y sistemas productivos bajo los que se gestó y sostuvo en el tiempo la fisonomía de los espacios rurales.

En la articulación de la estructura de la obra subyacen los componentes del concepto cultura, entendido desde una perspectiva antropológica del mismo: la cultura material (el paisaje y sus elementos), la cultura so-

cial (la organización socioeconómica) y la cultura mental (el universo ideal, los ritos y creencias en los que se enmarcaban las decisiones de los montañeses). Dados los intereses de la disciplina bajo la que se suscribe el presente escrito nos centraremos en las dos primeras partes de la estructura, que por otra parte componen el grueso propiamente dicho de la obra.

En la primera parte los autores, de manera sintética y acertada, realizan un encuadre ecológico del medio natural sobre el que se desarrolló la vida campesina, nos presentan el medio físico como infraestructura de la actividad humana. Se trata de una introducción física en la que describe los principales rasgos ecológicos de Matalavilla: un espacio de montaña media en el que la existencia de un relieve quebrado determina unidades físicas contrapuestas, valles y cumbres; un clima de media montaña con rasgos continentalizados que reduce el ciclo climático anual a dos estaciones, una favorable al aprovechamiento de los recursos naturales y otra desfavorable; una paisaje vegetal reflejo de los condicionantes ecológicos y de la explotación secular de la que fue objeto por parte de la comunidad campesina; para terminar presentando la fauna local asociada a los agroecosistemas de montaña.

Tras describir los rasgos geográficos físicos más relevantes de Matalavilla, se analiza la situación del pueblo, determinada por su localización en una encrucijada de caminos dentro de la red de asentamientos humanos que componen el actual municipio de Palacios del Sil; asentado en una pequeña colina, a caballo entre dos ríos, su emplazamiento esta condicionado por su localización sobre el codo de captura de un río. Conocer los condicionantes a los que responde el emplazamiento del pueblo es una tarea ineludible a lo hora de «evocar el poblamiento», un poblamiento concentrado característico de las áreas de montaña, en el que el caserío se ordena en anillos concéntricos que siguen en su traza las curvas de nivel que describe la topografía de la colina. La unidad mínima del hábitat, la casa-bloque, se nos presenta como una realidad «multifuncional» mediante una descripción de los microespacios y microambientes que componían aquella en respuesta a la autosuficiencia a la que aspiraba la unidad doméstica.

Tras analizar el hábitat, se aborda el estudio del sistema productivo local y sus elementos, en torno a los cuales se organizaba la vida en la montaña, un sistema agrosilvopastoril cuyas estructuras paisajísticas asociadas (con diferentes denominaciones) se repiten a lo largo y ancho de la Cantábrica. Lo exiguo del terrazgo de cultivo, orientado a las necesidades alimentarias de la

«casa» y estructurado en tierras de secano y regadío, contrastaba con el dominio de los espacios asociados a la actividad ganadera, los prados y el monte, compuesto el último por las manchas forestales y los pastizales de montaña, unas veces naturales, otras generadas por acción antrópica mediante aclareo del bosque. Si interesante es la descripción geográfica de las estructuras paisajísticas que servían de soporte al sistema productivo en cuestión, más aún lo es la ligazón que se establece entre éstas y las labores y tareas agrícolas encaminadas al funcionamiento y conservación de las mismas; se deja entrever cómo la conservación de los paisajes rurales obedece a una ordenación minuciosa y a unos trabajos de ritmo diario en la mayor parte de los casos. Recomponen con gran acierto ciclos productivos, las faenas agrícolas y los movimientos ganaderos, entre otros apartados de la vida en la montaña, poniéndolos en estrecha relación con el sistema productivo en el que se encuadraban y con los espacios que utilizaban como soporte. El porqué de la necesidad de una complementariedad entre bajuras y alturas en la montaña, de una cabaña ganadera mixta (compuesta por ganado mayor y menor), la existencia de actividades complementarias en el seno de la pequeña explotación familiar, la importancia de la caza, la pesca y la recolección en una economía de subsistencia, son algunos de los puntos en los que los autores se detienen para mostrarnos el aprovechamiento integral y sostenible de los recursos naturales que realizaron las comunidades montañesas en los territorios que gestionaban.

Analizado el sistema productivo local y sus elementos espaciales, se aborda la «cultura social», entendida como la organización socioeconómica que permitía el funcionamiento del sistema agrosilvopastoril, constituyendo la piedra angular de dicho funcionamiento la explotación comunitaria de los recursos naturales. En una economía de subsistencia expuesta a los riesgos y avatares de la naturaleza, «vivir en comunidad» ha sido la única manera hacer viable la vida en la montaña; la organización colectiva de la producción y el establecimiento de formas de solidaridad y de socorro mutuo eran los mecanismos sociales que permitían la supervivencia y reproducción de la comunidad campesina en un medio particularmente hostil a la actividad humana, la montaña. El concejo abierto, órgano de expresión de la comunidad campesina y forma de democracia cotidiana para la gestión del espacio propio, se nos presenta como un ejemplo de la pérdida del protagonismo que ha tenido la población local en la gestión del espacio adscrito a su pueblo o aldea. El concejo abierto, que encarnaba los

tres poderes (ejecutivo, legislativo y judicial) sentaba las bases de la organización colectiva del espacio privativo de la aldea, tales como: la distribución de la cabaña ganadera en «veceras» y la asignación de lugares y fechas de pasto en los comunales, la regulación de la «genitura» (la selección de los sementales), la reglamentación de las «facenderas» o sextaferias como servicios colectivos de obligatorio cumplimiento para el mantenimiento de la infraestructura productiva comunitaria (puentes, caminos, fuentes y abrevaderos...) y la regulación del aprovechamiento del agua entre otras. Cuando una tarea desbordaba la capacidad productiva de la unidad familiar se recurría a formas de solidaridad y socorro mutuo bajo el lema «hoy por ti mañana por mí», fórmulas que se aplicaban por ejemplo en la construcción de una casa, en la siega de la hierba o en la tarea consistente en desgranar el cereal («las machas»).

La unidad mínima de aquella organización socioeconómica la constituía la «casa», la familia, como unidad de consumo, identidad y producción en torno a la que se articulaban las explotaciones agrosilvopastoriles; la disolución de esta unidad viene a coincidir con el período en el que los autores describen la vida en la aldea leonesa, por lo que se hace hincapié en la desaparición de la familia troncal y su reemplazo por la familia nuclear, reflejo del proceso de «individualismo campesino» que asolaría al campo español a lo largo de la segunda mitad del pasado siglo.

El texto termina abordando la «cultura ideal», el universo mental y ritual al que los autores atribuyen la

capacidad de potenciar el mantenimiento de las estructuras sociales sobre las que se asentaba el funcionamiento de la vida rural, la «casa» como unidad mínima y el comunitarismo campesino como fórmula social más acertada para el desarrollo socioeconómico en la montaña.

El texto propiamente dicho se acompaña con tres anexos, un completo glosario de concepciones, términos y expresiones locales en lengua vernácula que permiten al lector reforzar las ideas y conceptos explicados; más interés tienen para el geógrafo las laminas que se intercalan en el texto, unas veces fotografías otras croquis y dibujos que hacen que lo que en el texto es referencia escrita en dichas páginas se torne en imagen visual.

Creemos que obras como esta son necesarias para entender los retos a los que se enfrenta hoy el mundo rural, y en particular la montaña, pues resolver estos pasa en muchas ocasiones por la revisión y el conocimiento de experiencias pasadas, decantadas a lo largo de siglos y transmitidas de generación en generación, y su adaptación al contexto socioeconómico actual. Al respecto nos gustaría terminar con la concepción que los autores tienen sobre la gestión y conservación de los espacios rurales:

«su supervivencia, pensamos, sólo será posible si sus escasos moradores y los residentes ocasionales, son capaces de compatibilizar la conservación y recuperación el rico patrimonio natural y humano, aunque haya sido profundamente alterado, adaptándolo a las demandas de ocio de las sociedades desarrolladas»

JOSÉ ANTONIO GONZÁLEZ DÍAZ